

La hipótesis materialista no admite todas esas grandezas morales, todas esas aspiraciones elevadas, todas esas altas esperanzas. Pero nuestros adversarios sacan fácilmente su partido. «Hagamos abstracción, dice el autor de *Fuerza y Materia*, de toda cuestión de moral y de utilidad. La naturaleza no existe ni para la religión, ni para la moral, ni para los hombres. No seríamos ridículos—¡escuchad!—¿no seríamos ridículos, si quisiésemos llorar como niños porque nuestras tostadas no tienen bastante manteca?»

¿Qué os parece la... tostada? Confesamos que no comprendemos la chanza en un sujeto de esta importancia.

Ante los grandes hechos del orden moral é intelectual, nos parece que es preciso haber perdido todo sentimiento de verdad para sojuzgar estas virtudes, estas *virtutes* á los movimientos de la materia. ¿Cómo, bajo su elocuente dominación, se atreve á balbucear como Moleschott, que «el hombre debe en parte la clase privilegiada que ocupa, en relación á las bestias, á la facultad que tiene de alimentarse unas veces de vegetales, y otras de no vivir más que de carnes? Lo mismo que decir como Helvetius que «el hombre no debe más que á la conformación de sus manos su superioridad sobre las bestias.» ¿Cómo se consentirá que Büchner predique que la materia es la base de toda fuerza espiritual, de toda grandeza humana y terrestre—que aquel que ha reconocido la igualdad de la materia y del espíritu parte el entusiasmo sobre la dignidad de esta materia,—y que el título de materialista es un título de honor, pues á él tan sólo la humanidad debe su grandeza?

Cuando se dice que la influencia incontestable y no contestada del régimen alimenticio en el estado físico y moral del individuo basta para justificar

esta proposición absoluta: la materia gobierna al hombre, se cae en el exceso de los sistemáticos, que niegan todo lo que está afuera de su sistema y torturan los hechos para hacerles entrar en su estrecho molde. Si estos afirmadores se tomasen el trabajo de reflexionar, no sabrían continuar en sostener semejantes errores. Cualquiera que sea el carácter, el fin, el apoyo de las grandes voluntades de que hemos hablado, su ejemplo es bueno para oponerle á estas afirmaciones insensatas. He ahí el grande apóstol de las Indias, Francisco Xavier. Sigámosle en el batel enviado por Juan III á las Indias portuguesas, descendiendo el Tajo, vestido con una sotana remendada, y no teniendo más equipaje que su breviario, pues este generoso gentilhomme, de una ilustre familia, sabio y en la edad de veintidós años profesor de filosofía de la Universidad de París, lo había abandonado todo para seguir á un amigo. Durante el día trabajaba con los marineros y los cuidaba; por la noche, dormía sobre el puente, teniendo por almohada un rollo de cuerda. Llegó á Goa en medio de una miserable población y sin más ambición que salir de su miseria física y moral. Más tarde, persiguiendo su misión de abnegación, fué á fundar una iglesia á Cap. Más tarde aún, se hallaba en Malacca y en el Japón en presencia de nuevas razas y de nuevos climas. Es sabido que su vida entera fué un continuo de sufrimientos corporales y de obras espirituales. El hambre, la sed, el desabrigo, barrieron el camino á este valiente soldado de la fe. Pero él, proseguía su camino, inspirado por una indómita resolución: «Cualquiera que sea la muerte ó la tortura que me espera, decía él, estoy presto á sufrirla mil veces para la salud de una sola alma.» La muerte, precedida por la fiebre, lo detuvo en la frontera China.—¿En qué se convierte el argumento fisiológico ante estos ejemplos? ¿En qué el

régimen alimenticio de Xavier gobernó su alma? Verdaderamente, insistir sería hacer una injuria al lector. Excepto nuestros adversarios, ningún espíritu sano duda de que la materia y el espíritu no sean dos cosas distintas; ninguno ignora que si la asimilación corporal obra en nuestro pensamiento, como la belleza ó la tristeza del día obra en la serenidad de nuestra alma, no impide que esta alma sea un ser personal, que á veces llora cuando cantan los pájaros y cuando las flores exhalan sus perfumes, y que á veces se abandona tranquilamente á los atractivos estudios de la ciencia, mientras que un cielo tempestuoso hace retumbar el estampido del trueno y el rayo desgarrar la atmósfera con su rayos inflamados y las lúgubres tempestades.

Que se nos comprenda bien, y que los adversarios del espiritualismo no interpreten mal nuestras alegaciones. Nosotros no decimos que la materia no esté dotada de ninguna influencia sobre el espíritu; nosotros no decimos que el alma humana sea absolutamente independiente del organismo, ni nos unimos con Platón, pretendiendo que el espíritu es ajeno al cuerpo y que hay una antipatía entre los dos principios. Ciertamente, ¿quién duda que un hombre que se muere de hambre no esté dispuesto á cantar? ¿Quién duda que en las horas del cansancio, cuando se cae rendido de sueño, no se tiene la fantasía de bailar? ¿No sabemos todos que nuestra alma está aprisionada por los aspectos exteriores, que un día luminoso y espléndido vierte la alegría en nuestro seno, que una mañana sombría y lluviosa nos entristece, que la serenidad de las hermosas tardes nos penetra interiormente y nos procura tranquilos goces? ¿Es que las profundas fantasías de la música, esas deliciosas sinfonías, esas sonatas que hablan con tanta pasión, esos arrullos ó esos transportes del pensamiento

cantante, no han producido nunca la menor acción en vuestros nervios? En una palabra, ¿es posible que el observador niegue la influencia permanente y variable que el mundo exterior, la sociedad, las relaciones, el calor, el frío, la luz, la obscuridad, la ciudad ó el campo, y mil causas independientes de nosotros ejercen en el estado de nuestro espíritu, en nuestras impresiones y en nuestros pensamientos? No; estas influencias son reales. Nosotros las admitimos y las indicamos. Montesquieu, cuya declaración es menos exclusiva de lo que se supone, ha escrito: «En los países fríos habrá más poca sensibilidad para los placeres; será mayor en los países atemperados; en los países cálidos será extremada. Yo he visto las óperas de Inglaterra y de Italia; la misma música produce efectos tan diferentes en las dos naciones, la una es tan tranquila y la otra tan arrebatada, que parece inconcebible. Y será igualmente con el dolor...»

A falta de todas las pruebas acumuladas precedentemente, la afirmación de nuestra libertad viene aún á protestar en favor de la fuerza pensante que nos anima.—El panteísmo haciendo del alma una parte de la substancia de Dios, la hace esclava de la voluntad divina y conduce inevitablemente al fatalismo absoluto.—El ateísmo, negando la existencia del espíritu, hace del alma la esclava de la materia y conduce por otro sendero al fatalismo.—Pudiéramos, pues, proceder por eliminación, y, demostrando la invalidez de estas doctrinas, contentarnos con recibir la nuestra como la única que concilia las diversas convicciones de nuestra conciencia. De este modo la suerte ha querido que nuestros adversarios fuesen vencidos en todos los sentidos, y que su negación de nuestra personalidad fuese puesta á raya por todos los elementos de nuestra existencia.

Afirmémoslo terminando esta defensa sobre la

existencia del alma: La dignidad humana no permite una violación contra su más alta luz. Protesta contra todas esas tendencias exageradas. Las influencias exteriores obran más ó menos en nosotros, según nuestra sensibilidad nerviosa, pero lo mismo que la composición química del cerebro, ellas no constituyen nuestro valor moral é intelectual. Para derribar esta hipótesis como la precedente, basta reflexionar en el poder de nuestro vigor mental. Nosotros podemos, por nuestra sola fuerza mental, afrontar todas esas influencias, y pasar desdeñosamente, con la cabeza alta, en medio de las acciones y de las reacciones del mundo exterior. Cuando nuestra alma está rendida bajo el peso de un profundo dolor, no nos preocupamos mucho del estado del cielo, y nos es muy indiferente que llueva ó que haga viento. Cuando esta misma alma se abandona á la embriaguez de ciertos goces íntimos, no pensamos ni en el mes ni en el año. Cuando los estudios laboriosos absorben nuestra atención, olvidamos la hora de comer y la del sueño. Cuando la libertad llena de sus sonatas la ciudad, retumbante, no examinamos si es Febrero ó Julio que toca al cuadrante del cielo. Cuando la patria está en peligro, la bandera francesa no se informa de la fecha ó de la veleta. La voluntad viril desconoce estas pretendidas causas. Las emociones profundas del corazón no las hacen gran caso. Si la salud es una excelente cualidad para el trabajo y para las afecciones del alma, no constituye por esto el estado de esta alma. El está en la vida de las horas más deliciosas y más encantadoras que las de los banquetes más suculentos, de las horas en las que se olvida esos manjares groseros que hacen el deleite de los paladares insaciables, en las que se olvida las suntuosas habitaciones, las resplandecientes galas, la vanidosa coquetería, en las que se olvida el mundo entero

para los goces más íntimos y m'és vivos... Aquellos que en la Tierra han probado estos instantes de dicha saben que en lo alto de la esfera material existe una región inaccesible á los tormentos inferiores, una región en la que las almas enamoradas del ideal se encuentran en comunicación con la Belleza espiritual é increada.



ESTOMACAL

FÓRMULA DR. DALMAU PUJADAS

¡34 años de éxito! Curación infalible, garantida

Las enfermedades del estómago que no obedecen á *úl-cera ó cáncer*, y si sólo á *atonía, acidez ó irritaciones*, con *dilatación, fuertes dolores, devolución de los alimentos y que no se digiere con la debida regularidad*, infaliblemente se curan con el uso de nuestro **Estomacal**, único de cuantos se conocen hasta el día para curar dichas afecciones, pues *regulariza las funciones del estómago, hígado é intestinos*, á los pocos días de usarlo; *calma como por encanto los sensibles dolores, dilatación y pesadez* que sienten la mayoría de los dispépticos, en particular después de las comidas. También facilita la expulsión de las arenillas y limpia el cuerpo de malos humores. El uso de nuestro **Estomacal**, es indispensable también á todas las personas dedicadas á trabajos *mentales, de bufete, estudios científicos ó literarios, dependientes de escritorio*, y no menos y muy particularmente, á las que tanto *abusan de su naturaleza* (Venus), toda vez que el primer órgano que se resiente de tal abuso es el *estómago*, y cuando éste no funciona con regularidad, *es muy difícil que la digestión se haga normal, ni tampoco que la nutrición sea perfecta*, y de ahí el origen de la mayoría de las *dispepsias*, que sin duda alguna son el vehículo fecundo de las principales alteraciones del organismo humano y, por lo mismo, del sinnúmero de enfermedades que atacan al hombre, algunas de las cuales son la causa poderosa de grandes sufrimientos y no menos de prematura vejez y muerte. Así, pues, el hombre que no *digiere bien* y no *asimila mejor* no debe reputarse sano, y, por lo mismo, se halla expuesto á todo género de enfermedades, las que con toda seguridad se *previenen* y se pueden *corregir* con el uso de nuestro **Estomacal**, conforme las experiencias clínicas nos lo han confirmado en el curso de nuestro ejercicio en miles de miles de *dispépticos*.

Único depositario en las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay

Sr. Ambrosio Giz Gómez, Montevideo

